

# Estado liberal y Estado totalitario

## *Liberal State and Totalitarian State*

Alexander Muriel Restrepo<sup>i</sup>  

<sup>i</sup> Universidad de San Buenaventura; Cali; Colombia

**Correspondencia:** Alexander Muriel Restrepo. Correo electrónico: amuriel@usbcali.edu.co

**Recibido:** 18/10/2024

**Revisado:** 21/10/2024

**Aceptado:** 26/11/2024

**Citar así:** Muriel Restrepo, Alexander. (2024). Estado liberal y Estado totalitario. *Revista Ciencias Humanas*, (17), pp. 49-61. <https://doi.org/10.21500/01235826.7399>

**Editor en jefe:** Alexander Muriel, Ph. D., <https://orcid.org/0000-0003-0317-5781>

**Coeditor:** Claudio Valencia-Estrada, Esp., <https://orcid.org/10.21500/01235826.7091>

**Copyright:** © 2024. Universidad de San Buenaventura Cali. La *Revista Ciencias Humanas* proporciona acceso abierto a todo su contenido bajo los términos de la licencia *Creative Commons* Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0).

**Declaración de intereses:** el autor ha declarado que no hay conflicto de intereses.

**Disponibilidad de datos:** todos los datos relevantes se encuentran en el artículo. Para mayor información, comunicarse con el autor de correspondencia.

**Financiación:** ninguna. Esta investigación no recibió ninguna subvención específica de agencias de financiamiento de los sectores público, comercial o sin fines de lucro.

**Descargo de responsabilidad:** el contenido de este artículo es responsabilidad exclusiva del autor y no representa una opinión oficial de sus instituciones ni de la *Revista Ciencias Humanas*.

## Resumen

La idea marcuseana apunta que dentro de la sociedad liberal se prepara lenta y progresivamente la concepción totalitaria y, por consiguiente, el Estado totalitario sirve de pretexto para reflexionar sobre la responsabilidad de dicha sociedad en la complejidad de la guerra. En efecto, si de algo decía estar seguro Marcuse (1967, p. 7) era que el Estado fascista no es otra cosa que la sociedad fascista al interior de la misma sociedad liberal. Yendo más lejos, sostengo que el totalitarismo es una fase superior del Estado liberal como recurso extremo para defender la propiedad y la explotación intensiva de los recursos donde estén, ya sea en la proximidad del espacio vital (*lebensraum*) o más allá. De ahí que el Estado liberal sea la guerra, aunque exporte la idea de defender de ella a la sociedad misma, pero a la que recurre necesaria, soterrada e inexorablemente. De acuerdo con lo anterior, realizo una excursión por aquello que expone Marcuse (1967, pp. 15-44) en “La lucha contra el liberalismo en la concepción totalitaria del Estado”. A renglón seguido, planteo algunas reflexiones combinadas, fruto de esta lectura de Marcuse e ideas propias, trabajadas a propósito de la guerra y el Estado y el desarrollo de la racionalidad bélica en la modernidad.

**Palabras clave:** Marcuse, Estado liberal, Estado totalitario, liberalismo, filosofía política, sociedad.

## Abstract

Marcusean idea points out that within the liberal society the totalitarian conception is slowly and progressively being prepared and, consequently, the totalitarian State serves as a pretext to reflect on the responsibility of that society in the complexity of war. Indeed, if Marcuse (1967, p. 7) was sure of one thing, it was that the fascist state is nothing other than the fascist society within the same liberal society. Going further, I maintain that totalitarianism is a superior phase of the liberal State as an extreme resource to defend property and the intensive exploitation of resources wherever they are, whether in the proximity of the living space (*lebensraum*) or beyond. Hence, the liberal State is war, although it exports the idea of defending society itself from it, to which it resorts necessarily, underground and inexorably. Following the above, I make an excursion through what Marcuse (1967, pp. 15-44) exposes in “The Struggle Against Liberalism in the Totalitarian View of the State”. Next, I put forward some combined reflections, based on this reading of Marcuse and my ideas—worked on the subject of war and the State and the development of war rationality in modernity.

**Keywords:** Marcuse, liberal State, totalitarian State, liberalism, liberalism, political philosophy, society.

## La teoría crítica de la sociedad

En *Cultura y sociedad* se agrupa una serie de ensayos escritos por Marcuse (1967) entre 1934 y 1938. Según lo expresó el propio autor en el prólogo a la edición de 1964, son fruto de su actividad en el Instituto de Investigaciones Sociales de Nueva York. En el primero de ellos, “La lucha contra el liberalismo en la concepción totalitaria del Estado” –y en general–, Marcuse (1967, pp. 15-44) sostuvo que estaba en suspenso si el fascismo hubiera de modernizar las estructuras sociales de las que surgía y darles más eficacia, sin pretender eliminarlas, lo que pone de manifiesto si esta dominación no generaría fuerzas históricas más dinámicas que lo superaran. Esto porque la sociedad modernizada, en todo caso, no había desplegado todavía todo su poder como sociedad burguesa dominante y era incierto el destino del movimiento obrero. Aunque este ensayo contiene dicha incertidumbre, también guarda la esperanza de que el fascismo pudiera ser derrotado por fuerzas que hicieran posible una sociedad más racional y amenable humana. Marcuse y sus colegas del Instituto de Nueva York estaban convencidos de que el Estado fascista y su poder totalitario, con la razón totalitaria correspondiente en una sociedad fascista, que se originaba en dicha sociedad liberal, estaba a punto de sobrepasar este pasado liberal incorporando su negación histórica.

Por su acento de movimiento intelectual crítico de la sociedad, como quehacer de la escuela de Fráncfort, la tarea de la teoría crítica buscaba identificar aquellos rasgos del pasado liberal que lo vinculaban con su superación totalitaria. Pero dicha superación no fue un movimiento propio de aquellos Estados proclives al totalitarismo fascista; de hecho, fue una tendencia que permeó democracias desarrolladas. En concreto, la teoría crítica intentaba definir esa mediación que llevaba de la libertad burguesa a la falta de libertad, aceptada como un complejo proceso de superación ahí, en la sociedad totalitaria; al mismo tiempo que determinar los elementos y las fuerzas que resistían esta transformación.

En ese sentido, Marcuse se enfocó en la interpretación de algunos aspectos fundamentales de la cultura y la producción intelectual de la ideología liberal. Es decir, intenta rastrear las tendencias que, en la cultura, específicamente en su filosofía más relevante, vinculaban el pasado liberal a su liquidación totalitaria –la teoría marxista había puesto especial énfasis en descubrir esta tendencia en el campo de la economía política–. En particular, centra su análisis en la cultura tradicional, porque –en su seno– el influjo de su espíritu, la razón, la conciencia y el pensar “puro” constituían una determinada autonomía del sujeto, cierta concepción de la libertad esencial del hombre; en este ámbito gravitaba la negación, la contradicción con lo social existente, la disociación, la crítica al orden de cosas devenido. Ello porque era de presuponerse que el hombre debía ser lo más autónomo posible en la esfera de lo anímico y de lo espiritual; en esto consistía su libertad auténtica y esencial, pues la economía y el Estado se ocupaban de lo demás. La sociedad burguesa estaba todavía en un grado inferior de desarrollo de sus fuerzas de producción, no contaba aún con los medios para administrar el alma y el espíritu sin que callera en descrédito por tener que ejecutar esta administración mediante el poder del terror.

Al volver a este asunto a mediados de siglo, Marcuse afirmó que existía la necesidad de esa administración total y también se disponía de los medios suficientes para esa tarea. Así mismo, en el plano de la educación superior emergían corrientes de la filosofía, la sociología y la psicología que erigirían el sistema de lo existente en el marco insuperable de la formación y el desenvolvimiento conceptuales, las cuales se encargarían de la eliminación democrática del pensar, la cual el “*common man*” experimentó y realizó por sí mismo (en el trabajo, en lo cotidiano; en el uso y goce del aparato de producción y consumo).

Por cierto, si el planteamiento, la organización y la administración social del espíritu llegaron a realizarse con rapidez, entonces, no ha sido también este espíritu artífice de dicho desarrollo. En otras palabras, Marcuse se planteó si la misma cultura intelectual ha preparado su propia liquidación; por consiguiente, ¿ese espíritu de sociedad liberal, configurado teórica y culturalmente, no estaba en su autonomía, interioridad, pureza y respeto a la felicidad y plenitud que prometía, no le afectaba la falta de libertad, oportunismo y desventura, dispuesto a cualquier concesión? ¿Tenía esta cultura carácter afirmativo, aun allí donde era la negación de lo existente?

Los ensayos de aquella época dirigían su atención a la herencia del idealismo, en cuanto se aplicaba para rescatar qué había de verdad en su filosofía represiva. No obstante, importaba también la herencia, la verdad y lo concluyente del materialismo, no solo del materialismo histórico.

## La lucha contra el liberalismo en la concepción totalitaria del Estado

Veamos ahora los elementos centrales de esta lucha del totalitarismo en su camino a la superación del liberalismo. Marcuse empezó diciendo que una nueva concepción política del mundo se anuncia con la aparición y el ascenso del Estado totalitario: el “realismo heroico-popular” que pasó a convertirse en la teoría dominante. Esta nueva concepción recoge aquellas corrientes que, desde la Primera Guerra Mundial, han combatido la teoría liberal tanto del Estado como de la sociedad. Es una lucha que había iniciado en forma de polémica filosófica y científica contra el racionalismo, pero también contra el individualismo y el materialismo decimonónico; es decir, en otros ámbitos diferentes de lo político. Al agudizarse las resistencias frente a las cuestiones económicas y sociales de posguerra, emergió de inmediato un frente común que evidenció su función política y social enfrentando algunas fuerzas opositoras; la lucha contra el liberalismo que este frente lleva a cabo puede considerarse entonces solo un fenómeno periférico.

¿Pero cuáles son las fuentes de tal concepción del Estado y del mundo? Para empezar, Marcuse mencionó la función de una *visión heroica del hombre*, celebrada como un nuevo tipo de aparición, con adeptos en las ciencias del espíritu. Desde esta visión, inicia la confrontación con lo que va a concebirse como cierta

Racionalización y tecnificación hipertrofiada de la vida, contra el “burgués” del siglo XIX con su pequeña felicidad y sus pequeños fines, contra el espíritu de almacenero y comerciante y contra la “anemia” corrosiva de la existencia. Frente a todo esto se oponía una nueva imagen del hombre, resultante de una mezcla de ingredientes tomados de la época vikinga, de la mística alemana, del Renacimiento y del militarismo prusiano: la imagen del hombre heroico, ligado a las fuerzas de la sangre y de la tierra — del hombre dispuesto a todo, que se “entrega” y se sacrifica sin titubeos, no por un fin cualquiera, sino obedeciendo humildemente a las fuerzas oscuras de las que emana su vida. Esta imagen culmina en la visión del conductor (*Führer*) carismático, cuya conducción no necesita ser justificada por los objetivos que se persiguen, ya que la mera aparición del conductor, que ha de ser recibida como gracia gratuita, constituye su propia justificación. (Marcuse, 1967, pp. 15-16)

Es una determinada idea vitalista que encuentra su fundamento en la *filosofía de la vida*. Sin embargo, en este caso,

La “vida” en tanto tal es considerada un “dato originario” más allá del cual no se puede avanzar, que escapa a toda fundamentación, justificación, y finalidad racional. [...] Se formula [así] una concepción histórica antirracionalista y antimaterialista que mostrará toda su fecundidad sociológica en el existencialismo político y en su teoría del Estado total. (p. 16)

Es frecuente que se asocie este tipo de filosofía de la vida con Dilthey y Nietzsche; empero, según Marcuse (1967), con ellos solo tiene en común el nombre y, con el segundo, lo accesorio y su *pathos*. En cambio, la obra de Spengler es determinante para sus funciones sociales, donde opera transformando la infraestructura de la teoría económica imperialista.

De modo que, con una *visión heroica del hombre* y una *fundamentación en la filosofía de la vida*, se confluje en una consideración por “la ‘liberación’ de la vida de la coacción impuesta por una ratio ‘universal’, que obliga [...] a la entrega de la existencia humana a fuerzas ‘inviolables’, dadas de antemano. Esta tendencia conduce al *Naturalismo* irracional” (p. 16). En estas condiciones, el origen de la naturaleza se concibe como mítico, lo cual se manifiesta como una dimensión prehistórica. La naturaleza se erige, entonces, como la realidad auténtica, sana, valiosa y sagrada.

Por supuesto, se enuncia un contraste muy violento entre esta exaltación del orden natural y orgánico y el orden realmente existente: si se presenta, en efecto, una contradicción entre las relaciones de producción y el nivel al que han llegado las fuerzas de producción y, por otra parte, la satisfacción de las necesidades que este nivel de desarrollo ha posibilitado; se remite a una economía y una sociedad contrarias a “toda ‘naturaleza’, de un orden que se mantiene gracias al poder de un enorme aparato” (p. 17) que representa al todo, “por encima de los individuos” (p. 17), oprimiéndolos. Por tanto, dicha totalidad es el dominio de todos; en teoría, esta se explica en el *universalismo*.

El todo social, con respecto a los individuos, se transforma, a cuenta de su totalidad, en valor independiente y primario, lo que significa en consecuencia que “el todo [...] es lo verdadero y lo auténtico” (p. 17). Desplazada así del punto final al inicial, se obstruye la crítica teórica y la práctica de la sociedad, quedando el camino expedito a esta totalidad. “Como representante real de esta totalidad actúa en la teoría política el pueblo en tanto unidad y totalidad esencial y ‘orgánico-natural’” (p. 18); se acude a la naturalización del pueblo como lo “anterior a toda diferenciación [posterior] de la sociedad, vale decir, en clases, grupos de intereses, etc. Con esta tesis el universalismo se vincula nuevamente al naturalismo” (p. 18).

En todo caso, Marcuse (1967) analizó el universalismo, el naturalismo y el existencialismo al final del ensayo como corrientes que convergen en el realismo heroico-popular. De ese modo, el filósofo alemán examinó su confluencia en una teoría política total y su función social. Para ello, se refirió al momento histórico en que se unifican: cuando el realismo heroico-popular agrupa cada elemento que combate bajo el nombre de liberalismo. “El liberalismo destruye a los pueblos” (p. 18), es la referencia que Marcuse (1967) hace de Moeller van den Bruck, quien titula así uno de los capítulos de su obra *El Tercer Reich*, dedicado al enemigo mortal: el liberalismo. Por consiguiente, atacando a este último, “la teoría del Estado total-autoritario se ha convertido en ‘concepción del mundo’” (p. 18) y esta determinación guía su agresividad política.

En relación con la condena que esta teoría hace del liberalismo, Marcuse (1967) resaltó su consonancia con las “ideas de 1789”; lo tilda también de

Humanismo y pacifismo afeminados, de intelectualismo occidental, de individualismo egoísta; de la entrega de la Nación y del Estado a la lucha de intereses de determinados grupos sociales, de un igualitarismo abstracto, del sistema de partidos políticos, de la hipertrofia de la economía, del tecnicismo y del materialismo disolventes. Muchas veces el “concepto” liberal sirve exclusivamente para difamar: liberal es el enemigo político, cualquiera sea su posición y, en tanto tal, es simplemente la encarnación del mal. (p. 18)

De esta forma, Marcuse (1967) hizo énfasis en que, en esta lista de pecados, acarreados al liberalismo, sorprenden “la generalidad abstracta y la falta de sentido histórico” (p. 19) con que se trata; hay que estar de acuerdo con el pensador alemán en que ninguno de estos caracteriza al liberalismo histórico. No obstante, advirtió que “justamente este desplazamiento del verdadero contenido del liberalismo a una concepción del mundo es lo decisivo: decisivo por lo que de esta manera se silencia y se oculta” (p. 19). Enseguida, Marcuse (1967) describió con concisión algunos aspectos significativos del liberalismo:

El liberalismo es la teoría social y económica del capitalismo industrial europeo en aquel periodo en el que el verdadero representante económico del capitalismo era el “capitalista individual”, el empresario privado en sentido literal. A pesar de todas las diferencias estructurales del liberalismo y de sus representantes en los distintos países y épocas, se mantiene siempre el fundamento común: la libertad del sujeto económico individual para disponer de la propiedad privada y la garantía jurídico-estatal de esta libertad. (p. 19)

La imagen verdadera del sistema económico y social del liberalismo, en términos generales encubierta y protectora, la trajo a colación Marcuse (1967) recurriendo a von Mises (1927):

“El programa del liberalismo... resumido en una sola palabra, podría rezar: propiedad, es decir: propiedad privada de los medios de producción... Todos los demás postulados del liberalismo son la consecuencia de este postulado fundamental” (p. 17). El liberalismo ve en la iniciativa privada del empresario la garantía más segura del progreso económico y social. Por consiguiente, según el liberalismo, “el capitalismo es el único orden posible de las relaciones sociales” (p. 75) y, por lo tanto, tiene un solo enemigo: el socialismo marxista (p. 13 y s.). Por el contrario, el liberalismo considera que “el fascismo y todas las tendencias dictatoriales similares... han salvado, por el momento, a la civilización europea. En este sentido, el mérito del fascismo perdurará eternamente en la historia” (p. 45). (p. 20)

Se comprende, de este modo, que la lucha contra el liberalismo del Estado total-autoritario es en realidad contra las concepciones del mundo ciertamente contradictorias representadas, por ejemplo, por el marxismo; la estructura social fundamental del liberalismo queda intacta, porque está de acuerdo con ella. En otras palabras,

Su fundamento era la organización económica de tipo privado basada en el reconocimiento de la propiedad privada y de la iniciativa privada del empresario; y precisamente esta organización sigue siendo fundamental para el Estado total-autoritario: ha sido expresamente sancionada en una serie de declaraciones programáticas. (p. 20)

De esa forma, el orden social consagrado por el liberalismo ha permanecido intacto en su estructura. Sin embargo, en la interpretación ideológica de dicho orden social, se produce una coincidencia importante entre liberalismo y antiliberalismo.

Más adelante, Marcuse (1967) consideró los puntos de partida más significativos de esta nueva doctrina liberal del Estado y de la sociedad, a saber, la interpretación naturalista de la sociedad y el racionalismo liberal. Estos desembocan en esa suerte de irracionalismo planteada por la nueva teoría del Estado y el mundo. Así, empieza por decir que, para

El liberalismo, detrás de las relaciones y fuerzas económicas de la sociedad capitalista existen leyes “naturales” que se manifestarán en toda su benéfica naturalidad si se les permite desarrollarse libremente, sin ninguna interferencia artificial. [...] La aplicación de este concepto de la naturaleza a la economía política será decisiva. “La existencia de leyes naturales fue siempre la afirmación más característica de la escuela clásica...”. (p. 22)

De acuerdo con Marcuse (1967), el nuevo antiliberalismo y el liberalismo más crudo coinciden en creer en leyes naturales y eternas de la vida social. A propósito, citó de nuevo a Moeller van den Bruck, de quien dice que no es precisamente un liberal:

“Hay algo eterno en nuestra naturaleza que siempre se restablece y al que tiene que volver todo desarrollo...” “La naturaleza es conservadora porque se basa en una constancia imperturbable de los fenómenos, que aun cuando sea alterada transitoriamente, se restablece siempre de nuevo”. (p. 23)

Con todo, Marcuse (1967) advirtió que

El naturalismo liberal se encuentra dentro de un sistema de pensamiento esencialmente racionalista y el naturalismo antiliberal, en uno esencialmente irracional, [lo que] hay que tener en cuenta [...] para no borrar artificialmente los límites entre ambas teorías y desconocer su distinta función social. (p. 23)

Como lo había hecho en otro momento, Marcuse (1967) reiteró “la posición de una teoría científica de la sociedad con respecto a la antítesis racionalismo-irracionalismo” (p. 23). En ese sentido, ya había señalado que el marxismo puso énfasis en la economía y que la esfera de la cultura aún no la había explorado significativamente, de ahí que a continuación se encargara solo de las tendencias irracionistas fundamentales de la teoría social. Por tanto, resaltó que el “‘irracionalismo’ es un concepto negativo: para comprender una concepción del mundo esencialmente irracional es necesaria la construcción ‘ideal-típica’ de una teoría racionalista de la sociedad” (p. 23).

En estas condiciones, ante una teoría racionalista de la sociedad, la actividad práctica es subordinada “a la idea de una razón autónoma”; esto comprende “una facultad humana de aprehender mediante el pensamiento conceptual, lo verdadero, lo justo y lo bueno. Todo hacer [y quehacer], todo objetivo dentro de la sociedad y toda la organización social tiene que justificarse ante el tribunal supremo de la razón” (pp. 23-24). Por ende, Marcuse (1967) planteó que

De la pura existencia de un hecho o de un objetivo no se infiere nunca la necesidad de su reconocimiento, por el contrario, a todo reconocimiento tiene que preceder el libre conocimiento de aquello que ha de reconocerse como algo racional. Por lo tanto, la teoría racionalista de la sociedad es esencialmente crítica. (p. 24)

Por otra parte, agregó que para la teoría irracionalista de la sociedad no es necesario negar la realidad de la razón crítica: hay un espacio suficiente para muchos tipos de razón derivados del “sometimiento de la razón a situaciones ‘naturales-orgánicas’ dadas y [de] la esclavización de la razón a lo ‘salvaje en el hombre’” (p. 24). Sin embargo, lo determinante es que todo este asunto “se antepone a la autonomía de la razón, en tanto límite *fundamental* [...], datos irracionales (‘la naturaleza’, ‘la tierra y la sangre’, ‘el pueblo’, ‘situaciones existenciales’, ‘totalidad’, etc.), de los cuales depende siempre la razón causal, funcional y orgánicamente” (p. 24).

Siguiendo a Marcuse (1967), se concluye que esta teoría del Estado total-totalitario, de la sociedad actual, utilizando “situaciones naturales-orgánicas en contra de la razón [ya] ‘desarraigada’” (p. 25), intenta justificar una sociedad que no puede justificarse racionalmente por medio de elementos irracionales; así mismo, trata de extraer sus contradicciones para sumirlas en la oscuridad de la “sangre” o del “alma” y, así, suprimir la crítica del conocimiento. Marcuse (1967) reforzó lo anterior con una referencia a Forsthoff: “la realidad no puede ser conocida, sino tan solo reconocida” (p. 25). De este modo, “comparado con el realismo heroico-popular, el liberalismo es una teoría racionalista” (p. 25). No obstante, existe otra tendencia confluyente en esta “fundamentación racionalista de la sociedad liberal” (p. 25). La introducción de la seguridad (*sureté*) como tercer derecho fundamental y contemplado como “una garantía de la libre conducción económica” (p. 26).

En concreto, Marcuse (1967) sostuvo que la racionalización de la conducción económica y toda la organización social tienen un carácter en esencia *privado*. Por ende,

Si bien la racionalidad de la praxis liberal tiene que evidenciarse finalmente en el todo y a través del todo, este todo escapa a la racionalización. [...] Mediante la *privatización de la razón* se ha privado de su objetivo final al proyecto de construcción racional de la sociedad con lo cual queda faltando precisamente la determinación racional de aquella “generalidad” en la que finalmente debe quedar incluida la “felicidad” del individuo. (p. 26)

En resumen, la estructura y el orden del todo quedan a merced de fuerzas irracionales, de una “armonía” casual y un “equilibrio natural”. Este elemental bosquejo de nociones de la teoría liberal de la sociedad y su deriva en la concepción totalitaria del Estado realizado por Marcuse (1967) soporta las deducciones expuestas a continuación.

## Algunas inferencias en modo aforístico

En primer lugar, observando la exposición de Marcuse (1967) y apoyado en la contraposición de ideas entre Foucault (2006) y Hobbes (1989) –columna vertebral de mi tesis doctoral (Muriel, 2024)– considero que la sociedad liberal basa su razón de ser en la guerra y se soporta en ella como condición *sine qua non* de existencia, como sociedad que defiende a ultranza la propiedad y su consecuente explotación de los recursos, donde quiera que se hallen. De este modo, la defensa de la propiedad, devenida en gran propiedad en las sociedades liberales más poderosas, no puede derivar en otra situación diferente al conflicto a ultranza por los recursos.

En segundo lugar, existe una intención de no dar cuenta de la guerra; en otras palabras, una pretensión de hacer ver la sociedad civil como aquello antagónico al estado de guerra –o al menos al margen de este–. No obstante, la sociedad liberal es necesariamente un Estado de guerra o un grupo de manifestaciones de esta, porque una sociedad basada en la propiedad privada, que hoy deviene en gran propiedad privada, tiene por resultado la desigualdad y la injusta distribución de recursos y bienes; en el rigor del pensamiento de Rousseau (1923, p. 88),<sup>1</sup> una sociedad de esta índole genera guerra. La historia moderna da testimonios crudos de esta aseveración. En estas condiciones, es una sociedad que siempre ha tenido un *alter ego*, de otro yo, que se exterioriza en la concepción totalitaria. Y debe ser así, porque, para sobrevivir, el Estado y su sociedad liberales deben apoyarse en cierto discurso de verdad que los consagra como el mejor mundo posible, en oposición a lo indeseable: el estado de naturaleza, es decir, la guerra (Hobbes, 1989).

Por consiguiente, en tercer lugar, la sociedad liberal lleva subyacente el espíritu de la sociedad totalitaria, porque exporta la idealización de un paraíso de libertad, igualdad y fraternidad, que aparece en el horizonte celeste como lo realizable, lo posible; ofrece la perspectiva de factibilidad. Es razonable considerar, entonces, que ello tiene afinidad con la idea de Marcuse sobre el papel determinante que ha jugado la cultura burguesa en esta promesa de bienestar; la cual, aunque nunca termina por llegar, está allí, en el panorama, como lo alcanzable.

Precisamente, este factor decisivo la hace subyugante, esperanzadora, promisoría y totalitaria, porque no cesa de estimularnos una intencional promoción de noticias sobre el éxito, el triunfo y el salir adelante, por parte de unos personajes paradigmáticos. Lo

1. En el segundo capítulo de su *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres* (Rousseau, 1923), el ginebrino dice: “el primer hombre a quien, cercando un terreno, se lo ocurrió decir esto es mío y halló gentes bastante simples para creerle fue el verdadero fundador de la sociedad civil. ¡Cuántos crímenes, guerras, asesinatos; cuántas miserias y horrores habría evitado al género humano aquel que hubiese gritado a sus semejantes, arrancando las estacas de la cerca o cubriendo el foso: ¡guardaos de escuchar a este impostor; estáis perdidos si olvidáis que los frutos son de todos y la tierra de nadie!” (p. 88).

más envolvente de este modo de ser es que dicha posibilidad es a cuenta y riesgo del individuo mismo. Las nuevas que recibimos de quienes lograron el éxito, acumularon fortuna o alcanzaron su meta en ese juego de posibilidades que proporcionan la libertad y la determinación del emprendimiento individuales impelen fuerza a los ánimos de los soñadores, quienes terminan por convencerse de que la realización material del sujeto en la sociedad liberal corre por su cuenta. Por tanto, la cara opuesta, lo aborrecible por la incapacidad de cada cual, es el fracaso.

En los ámbitos del emprendimiento, la sociedad totalitaria liberal somete a escarnio al fracasado; lo caracteriza como frustrado, resentido e inepto. El fracaso se exporta, entonces, a todas las esferas intentando hacer ver que, si las mayorías han fracasado, no se debe a un régimen universal de la desigualdad, sino a factores subjetivos que hacen incapaces a las personas. De haber una rebelión de estos fracasados, es justo reprimir, normalizar, disciplinar y, en la medida de lo posible, hacerles ver su actitud subversiva contra el mejor mundo posible, que en términos hegelianos es haber llegado al fin de la historia como visión totalizante; según algunos autores, por ejemplo, [Fukuyama \(1992\)](#).

De ese modo, nada justifica una actitud subversiva, puesto que el talante del triunfador se impone en un terreno abonado para serlo. Opera así un movimiento en que se le trasladada al individuo la responsabilidad de su propio destino; si el éxito es el fin y el fracaso lo temible, no habrá escrúpulos para alcanzar lo primero. En ese sentido, estamos ante el problema ético del fin y los medios; el precepto inquietante de que el primero justifica los segundos se convierte en regla. Con ello se normaliza la actitud inescrupulosa y cínica, reforzada por el discurso de verdad que fundamenta el poder en la sociedad liberal, el cual ha moldeado la cultura consumista, el poder mediático y los apologistas del liberalismo. De esta manera, las responsabilidades de un determinado orden de cosas se desplazan al individuo garante de derecho; por lo que ha sido recurrente tomar efectos por causas. Por ejemplo, tiende a pensarse que, hoy, la guerra es responsabilidad de grupos privados, terroristas y señores de la guerra que amenazan las sociedades democráticas, cuando en realidad la racionalidad bélica que se desarrolla, se tecnifica, se planifica y se desencadena es a cuenta y riesgo del Estado mismo. En estas condiciones, el Estado y la sociedad liberal hacen la guerra, pero se muestran como las víctimas.

En cuarto lugar, a diferencia de lo postulado a partir de las tesis de [Hobbes \(1989\)](#) sobre la guerra, esta última y sus manifestaciones no se han desterrado de su seno; no se pretende hacerlo, porque una sociedad basada en la propiedad y las libertades individuales genera necesariamente enemigos internos. Si bien se advierte con [Hobbes \(1989\)](#) que la guerra con el advenimiento del Estado, lo lleva a sus márgenes, hacia sus confines, donde es proclive confrontar a otro Estado; la sociedad liberal pugna por hacer prevalecer, con los medios que disponga, un pensamiento y una realidad únicos. La guerra del totalitarismo no ha cesado. En la actualidad, una sociedad liberal globalizada, culturalmente avasallante, impone sus diversas expresiones de guerra. Lo político se convierte en el campo de batalla; de forma tal que la política se ha convertido en la guerra por otros medios, así [Foucault \(2000\)](#) invierte aquel aforismo que había acuñado [von Clausewitz \(2005\)](#).

En quinto lugar, desprendido del anterior punto, la característica subyacente de *alter ego* naturalizada en la concepción liberal del Estado comporta de suyo el estado de guerra al interior y exterior del Estado y de la sociedad liberal, con pretensiones globalizantes. Al interior, con manifestaciones de guerra de diversa índole: en lo político, económico, cultural, etc. Al exterior, la guerra de explotación como determinación rapaz por los recursos. Sin embargo, el no querer dar cuenta de la guerra y, con esto, el modo como se vela la responsabilidad del Estado liberal se camuflan hábilmente con un discurso que traslada el fenómeno de la guerra a fuerzas irracionales, terroristas, nuevos bárbaros, que

amenazan la libertad, la justicia y la dignidad de los pueblos. En estas condiciones, el Estado se ve obligado a defenderse y la guerra se torna justa contra los enemigos de estas sociedades abiertas; término con el que Popper (1971) define las sociedades liberales.

Con frecuencia, se normaliza que el Estado liberal sea desplazado intempestivamente por el Estado totalitario en lugares y tiempos determinados, con lo cual, la lucha contra el totalitarismo es, en apariencia, enarbolada por el Estado y la sociedad liberal. No obstante, de acuerdo con Marcuse (1967, p. 15), esta supuesta lucha a ultranza entre el liberalismo y la concepción totalitaria del Estado puede considerarse un simple fenómeno periférico, puesto que el enemigo mortal de la segunda es toda fuerza amenazante del derecho a la propiedad. A diferencia de tener carácter antagónico, el liberalismo y su subyacente condición totalitaria del Estado y la sociedad conservan el punto fundamental en que debe garantizarse “la libertad del sujeto económico individual para disponer de la propiedad privada y la garantía jurídico-estatal de esta libertad” (p. 19). Dichos principios, extendidos en la complacencia de la sociedad liberal y defendidos por el poder de la burguesía, generan una radicalización de las oposiciones económicas y sociales tras la Primera Guerra Mundial.

El rasgo fundamental de esta hecatombe europea recién se da por la época en que Marcuse (1967) está sosteniendo el poder que tiene la cultura en el camino de entronización de la sociedad totalitaria; la Gran Guerra es el resultado lógico de ese remanente que representa la competencia violenta entre imperios decimonónicos, vale decir, entre naciones que constituyen la avanzada del capital monopolista y cuya condición los hace proclives al poder totalitario. Esa guerra imperial deviene, con otras circunstancias derivadas, con el anuncio de lo que podría denominarse un nuevo malestar en la cultura, en lo económico, lo ideológico, lo político y lo social. Marcuse (1967, p. 15) vaticina esto al describir que surge un frente común que hizo patente su función política y social al enfrentar algunas de esas fuerzas de oposición. En el campo de concentración convergen, pues, todos los enemigos o indeseables internos y externos de esta concepción totalitaria que se arraiga en defensa de la propiedad. El campo de concentración, por tanto, no ha sido clausurado; trasciende más sofisticado, imperceptible, eficaz; con violencias soterradas y manifiestas; en los distintos *ámbitos de la realidad social liberal; en las imposiciones disciplinarias*, normalizantes, financieras, consumistas, etc.

Igualmente, es lógico concluir que, si la sociedad liberal—con sus derechos y libertades individuales—se arroga la determinación de aparecer como defensora de estos preceptos fundamentales, entonces, reprimir toda otra pretensión de libertad, igualdad y solidaridad que suene subversiva ante el monopolio totalitario de la propiedad se torna justo. La inversión de la realidad queda así consagrada, puesto que aquello que se defiende tiene implícito la desigualdad. De hecho, esa sociedad liberal totalitaria lleva tácita una contradicción: si bien está obligada a defender—incluso a ultranza—su derecho fundamental—la propiedad—y predispone en ese propósito la estructura jurídico-estatal, así como el control y la normalización de los individuos por diversos medios; se esmera, al mismo tiempo, en no aparecer violentando los derechos, pese a que lo hace y a haber manifestado la necesidad de estos.

¿En qué modo actúa el buen sentido burgués ante la amenaza del derecho liberal por antonomasia? Pues bien, al parecer, las condiciones para progresar hacia una sociedad y un Estado totalitarios tienen como germen el principio de la sociedad liberal, solo era cuestión de que madurara. A diferencia de ser un salto abrupto, que conlleva—de forma implícita—la aparente lucha entre la sociedad totalitaria y la liberal, se observa como una evolución inevitable de la primera hacia la segunda. De este modo, en lo que parece ser una aparición brusca del Estado totalitario, soportado en la correspondiente sociedad

totalitaria, opera la exoneración de la sociedad liberal por los horrores de la guerra; el poder totalitario, violentamente entronizado en la cúspide de la sociedad liberal, se deja ver como el artífice del holocausto. El Estado liberal se deja ver, en cambio, como aquel que ha derrotado esta barbarie, aunque haya recogido los frutos del totalitarismo.

En este orden de ideas, como señala Marcuse (1967, p. 18), esta sociedad podrá ser tildada de débil ante las “ideas de 1789”: de profesar aquel humanismo y pacifismo que el totalitarismo tacha de afeminados, de producir el intelectualismo occidental, de exacerbar el individualismo egoísta, de entregar la nación y el Estado ante la lucha de grupos sociales nocivos, de un igualitarismo abstracto, del sistema de partidos políticos, de la hipertrofia de la economía; en fin, del tecnicismo y materialismo disolventes. Sin embargo, lo anterior en conjunto refuerza la idea y cierta gazmoñería política en defensa de una sociedad sensible a los derechos y las libertades, lejos de toda concepción totalitaria. Por tanto, se está lejos de considerar que la sociedad liberal sea en sí la sociedad totalitaria. En consecuencia, de sucumbir el totalitarismo, como se dice que ocurrió, la sociedad liberal aparece remozada y campeadora sobre las ruinas totalitarias.

Este proceso de lenta maduración que, en pleno siglo XIX, se presenta sintomáticamente en muchos aspectos, suscita cuestiones totalitarias de otra índole. Por ejemplo, por una parte, la sociedad liberal es fustigada por su proclividad hedonista, utilitaria y pragmática; sin embargo, en la medida que se abre un abanico de necesidades y de la satisfacción de deseos creados a grados insospechados y como posibilidad de satisfacerlo, se presupone un *ámbito* abonado de seducciones, por lo que el estado de insaciable saciabilidad queda asegurado como condición totalizante de esta sociedad; sociedad repudiable y al mismo tiempo seductora. Con todo, la satisfacción de los deseos, su posibilidad como alcanzables, se convierte en estrategia vital de sujeción.

En las inmediaciones del siglo XX es considerable la convicción de haber llegado a una época de esplendor; según Hobsbawm (1998), los imperialistas ingleses suponían que su mundo perpetuo duraría milenios. En este rumbo en que prima la satisfacción, el esplendor y el lucro material –diríase que de modo instrumental– se han predisuesto teleológicamente todos los adelantos de la ciencia, la tecnología y del espíritu humano. Hoy por hoy, la finalidad de la ciencia no tiene otro horizonte que crear esta zona de confort; una especie de estar a gusto en el sofá, aunque no terminemos de acomodarnos y no sea posible para todos. Por otra parte, es insostenible poner en disposición del hiperconsumo los saberes del espíritu humano; lo primero y más acuciante es que la naturaleza no da para tanta avidez.

Si examinamos con detalle cada debilidad que el totalitarismo, desde su cima, le atribuye a la sociedad liberal, encontraríamos reparos. Por un lado, luego de la Segunda Revolución Industrial, cuando comenzó a visibilizarse una sociedad dispuesta para el consumo a gran escala, también se evidenció el implícito aumento del malestar por la inequidad social que este espíritu genera, puesto que el esplendor creado es sinónimo de privilegio, de tal forma que en la otra margen de la sociedad crece una inmensa franja humana hacinada en la privación y la represión. En ese orden de ideas, a diferencia de lo que puede entenderse desde la concepción totalitaria del Estado y de la sociedad, la sociedad liberal no salvaguarda las ideas de 1789; tampoco se le pueden atribuir aquellos humanismo y pacifismo afeminados; toda esta caracterización en realidad es diferente del papel que tuvo, en primera instancia, en la dinámica de un mundo imperial y, seguidamente, en el ascenso del totalitarismo.

Ahora, en cuanto al denominado intelectualismo occidental, este creó un orden de justificaciones que dio soporte a un ámbito de contraactualización y mercantilización de las libertades y los derechos al apropiarse de la filosofía y las germinales ciencias sociales.

Por consiguiente, en vez de propiciar la entrega de la nación y del Estado a la lucha de intereses de grupos sociales específicos, la sociedad liberal es responsable de fortalecer los Estados nacionales desde el siglo XIX, jalonando la cohesión de las comunidades patrias, la unificación de los mercados y el enriquecimiento de los idiomas nacionales como condición de comunicabilidad en los negocios; *más aún, la sociedad liberal reposa en una firme* ideología del individualismo y de las libertades individuales que determina la primacía del sujeto en disposición a la veleidad.

En fin, la lucha que había iniciado como polémica científica y filosófica contra el racionalismo, el individualismo y el materialismo decimonónicos, en terrenos alejados del político (Marcuse, 1967, p. 15), fijará, con proyección al siglo XX, los principios del liberalismo. Entonces, no está en juego la lucha entre dos concepciones antagónicas del mundo y la sociedad: liberalismo versus totalitarismo. Dicho enunciado mueve a distracción, de modo que es necesario enfatizar que aquello que está en liza es la defensa de la propiedad (diríase mejor, la gran propiedad o el capital monopolista), amenazada por las fuerzas emergentes debido a las contradicciones de la sociedad burguesa. Para decirlo en el lenguaje del marxismo, son las genuinas fuerzas de negación de la sociedad liberal, pero que no son precisamente las fuerzas que representan la concepción totalitaria; son aquellas que von Mises (1927) identifica como objetivo real de esa lucha, aspecto citado por el mismo Marcuse (1967); a saber, el socialismo marxista:

“El programa del liberalismo... resumido en una sola palabra, podría rezar: propiedad, es decir: propiedad privada de los medios de producción... Todos los demás postulados del liberalismo son la consecuencia de este postulado fundamental” (p. 17). El liberalismo ve en la iniciativa privada del empresario la garantía más segura del progreso económico y social. Por consiguiente, según el liberalismo, “el capitalismo es el único orden posible de las relaciones sociales” (p. 75) y, por lo tanto, tiene un solo enemigo: el socialismo marxista (p. 13 y s.). Por el contrario, el liberalismo considera que “el fascismo y todas las tendencias dictatoriales similares... han salvado, por el momento, a la civilización europea. En este sentido, el mérito del fascismo perdurará eternamente en la historia” (p. 45). (p. 20)

De este modo, la concepción totalitaria del Estado y de la sociedad se convierte paulatina, necesaria y efectivamente en lo que podríamos llamar como fase totalitaria de la sociedad liberal misma; la cual llega a su clímax de poder cuando maduran las contradicciones de la sociedad capitalista: es la herramienta eficaz, demoledora y exterminadora, encubada en la misma sociedad liberal para derrotar –como en efecto hizo en ese momento histórico– toda amenaza o intento de revolución social que pudiera dar al traste con el capital y el Estado monopolistas. Así, el Estado y la sociedad liberales salvaron su responsabilidad frente al campo de concentración, frente al exterminio, apareciendo en calidad de sociedad amenazada, sociedad abierta que tiene enemigos. Como señala Popper, la sociedad liberal recoge los frutos victoriosos tras los cadáveres del campo de batalla.

Pese a que para von Mises es un recurso justificable para enfrentar al comunismo, el totalitarismo es el ropaje del cual se ha revestido el liberalismo en determinadas instancias para cometer atrocidades que le permitieron enfrentar a su enemigo real y, luego, tras el fragor de los cañones y quitarse esa vestimenta a hurtadillas, salir adelante y sin responsabilidades ante la barbarie; incluso, aparecer de modo hobbesiano como ente garante de la paz que ha desterrado la guerra. En estas condiciones, el Estado liberal hace la guerra, pero nadie puede decir que es responsable de ella, porque la desencadena su *alter ego*.

## A modo de conclusión

Ha de concluirse, por consiguiente, que Marcuse (1967) se quedó corto, al derivar la concepción totalitaria de un cierto orden de cosas acontecido en el seno de la sociedad

liberal, por no enunciar la cuestión radical del fenómeno. La historia evidencia que no se trata de una negación violenta que haya posibilitado el triunfo de tal concepción sobre las debilidades de una sociedad liberal, como si fuera una superación. En otro sentido, la concepción totalitaria se revela en un momento dado como la sociedad liberal misma, cuyos gérmenes afloran paulatina e implícitamente desde su origen.

Ante esta aseveración, la tarea de la teoría crítica de la sociedad no fue más allá de determinar “las tendencias que vinculaban el pasado liberal a su superación totalitaria” (p. 7). Así mismo, “se trataba de señalar la mediación a través de la cual la libertad burguesa podía convertirse en falta de libertad; pero se trataba también de identificar los elementos que se oponían a esta transformación” (p. 7). Por el contrario, debe sostenerse de un modo abierto y radical que no hay tal mediación. A lo largo de la historia, se observa que la sociedad liberal tenía inherentemente los elementos del totalitarismo (que aún conserva), puesto que las condiciones de su existencia dependen de la propiedad privada; además, defender dicho estado de cosas con todas las herramientas jurídicas, políticas y militares disponibles complejiza el problema ético del fin y los medios y, con ello, el carácter epistemológico de la finalidad de la ciencia y el asunto ontológico del destino de ser en sociedad.

La defensa de la propiedad privada desencadena en totalitarismos, hoy y ayer, de uno u otro modo, de uno u otro aspecto, por uno u otro medio. En el ámbito del conflicto, la monopolización de la fuerza por parte del Estado liberal determina una racionalidad bélica que pone toda la estructura del aparato beligerante y su tecnificación al servicio de la salvaguarda de los bienes, acrecentados en constatación pugna. Pero también incorpora, al lado de todos los mecanismos represivos que comportan el poder soberano del Estado, las nuevas técnicas de sujeción de las que habla Foucault (2000, 2006): poder disciplinario y mecanismos de control de la población. Por consiguiente, la realidad de la guerra es cosustancial al Estado liberal. Aunque aparezca como defensora de derechos y libertades, la sociedad liberal no es víctima ni está asediada por enemigos; de hecho, está a la ofensiva y hace la guerra inexorablemente como su mecanismo de sobrevivencia más eficaz, porque demanda recursos que comienzan a escasear y que están en otra parte, por lo que debe ir por ellos.

Otros elementos evidencian la manera en que la sociedad liberal con ropaje de libertad es sociedad totalitaria. Si aquella custodia de los bienes y la rapacidad de los recursos se realiza por medio de mecanismos represivos y violentos –que, a ultranza, significa haber desarrollado una racionalidad bélica (Muriel, 2024)– para tratar de no llegar a una guerra de devastación total, la sociedad totalitaria actual –al lado de una violencia manifiesta que puede generar violencia de reacción sin límite– debe desarrollar cultural, ideológica y mediáticamente la custodia y enajenación de la conciencia –que el mismo Marcuse predijo en 1967 y luego en *El hombre unidimensional* (1993)–, pero ello también incluye mecanismos de sujeción, control y disciplina trabajados por autores decisivos como Foucault, etc. No obstante, este es un asunto para otro momento.

## Referencias

- Foucault, M. (2000). *Defender la sociedad*. FCE.
- Foucault, M. (2006). *Vigilar y castigar*. FCE.
- Fukuyama, F. (1992). *El fin de la historia y el último hombre*. Planeta.
- Hobbes, T. (1989). *Leviatán*. Alianza.
- Hobsbawm, E. (1998). *La era del imperio (1875-1914)*. Crítica.



- Marcuse, H. (1967). *Cultura y sociedad*. Editorial Sur.
- Marcuse, H. (1993). *El hombre unidimensional*. Planeta; De Agostini.
- Muriel, A. (2024). *La guerra y el poder: hacia una crítica de la razón bélica* [Tesis doctoral, Universidad Pontificia Bolivariana]. Universidad Pontificia Bolivariana.
- Popper, K. (1971). *The open society and its enemies*. Princeton University Press.
- Rousseau, J. J. (1923). *Discours sur l'origine et les fondements de l'inégalité parmi les hommes* (Á. Pumarega, Trad.). Calpe.
- Von Clausewitz, C. (2005). *De la guerra* (C. Fortea, Trad.). La Esfera de los Libros.